



La Santa Sede

DISCURSO DEL PAPA PABLO VI A LA JUVENTUD AGRÍCOLA DE LOS PAÍSES DE LA COMUNIDAD ECONÓMICA EUROPEA*

Sábado 8 de abril de 1967

Respondiendo de buen grado al deseo que Nos ha sido manifestado en vuestro nombre, Nos complace recibirlos aquí hoy, queridos hijos que habéis venido a participar en las reuniones del «Comité Coordinador de las Organizaciones sindicales y profesionales de la Juventud Agrícola de los países de la Comunidad Económica Europea».

Durante vuestras jornadas de estudio en Roma habéis oído sabias exposiciones sobre «la tarea del agricultor en la Europa de hoy y de mañana», sobre «la armonización de los regímenes sociales en la agricultura», sobre «los jóvenes agricultores y el hambre en el mundo».

Este último punto de vuestro programa ha merecido especialmente Nuestra atención porque acabamos de tratar Nos mismos atentamente los problemas de los países en vías de desarrollo y de publicar sobre este tema una Encíclica cuyos ecos han llegado sin duda hasta vosotros.

Es posible que vosotros hasta os hayáis asombrado de que una sociedad, de carácter espiritual como la Iglesia dedique tanto interés a cuestiones temporales como la del hambre en el mundo. Pero bien sabéis que lo espiritual y lo temporal están estrechamente ligados y que la Iglesia tiene conciencia de su «deber de ponerse al servicio de los hombres» (*Populorum progressio*, N° 1), para «ayudarlos a alcanzar su pleno desarrollo» (N° 13) «personal y comunitario» (Nos. 16-17).

«En este cambio decisivo de la historia de la humanidad» (N° 1), la Iglesia ha creído que no solamente debía exhortar a sus hijos, sino a todos los creyentes y hombres de buena voluntad, a que tomaran conciencia de la situación dolorosa y dramática de tantos pueblos desdichados; dirige su mensaje apremiante a los más favorecidos y les pide «mucho generosidad, innumerables sacrificios y un esfuerzo sin descanso» (N° 47) para hacer reinar la justicia y la

caridad ya no más solamente entre las familias o las clases sociales, sino entre todos los pueblos,

Viéndoos ante Nos, a vosotros, que representáis a una élite selecta de jóvenes agricultores europeos, no podemos dejar de pensar en todo lo que vuestras magníficas energías pueden y que, por lo tanto, os obligarán a contribuir al éxito de esta empresa de la que dependen en tan gran medida la felicidad y la paz del mundo.

En efecto, el drama de estos pueblos menos favorecidos incide principalmente en vuestro terreno: el terreno de la agricultura. Que se los provea de los equipos básicos necesarios, que se les enseñen las técnicas modernas en ese dominio, que se los ponga en situación de proveer por sí mismo a la explotación de tierras y cultivos. Eso constituirá para ellos la aurora de una vida mejor, la seguridad de un progreso posible, el acceso al desarrollo, a una vida ya no miserable e incierta, sino humana y digna de ser vivida. Porque sin el mínimo material asegurado, ¿qué esperanza podría abrirse jamás para ellos hacia los bienes del espíritu y hacia el acceso al patrimonio cultural de la humanidad?

Esto es lo que Nos ha movido, queridos hijos, a lanzar este llamamiento a todos los responsables, así como a la opinión pública del mundo entero, y a dirigirNos especialmente a los jóvenes (N° 74). También de todo corazón Nos lo dirigimos a vosotros, ya que la Providencia nos ofrece ocasión para ello. Nos esperamos que este llamamiento encuentre buena acogida entre vosotros, en vuestra buena voluntad y en vuestro ingenio los medios para que se concretizan en hechos. De este modo, habréis contribuido al éxito de esta «acción coordinada» (N° 5) urgente y necesaria en favor de vuestros hermanos y de la paz del mundo. Aquél que sondea los corazones y conoce todos y cada uno de nuestros pensamientos os recompensará. Nos invocando Su protección todopoderosa para vosotros, para vuestras familias y vuestras patrias –sin olvidar a los meritorios organizadores de vuestras Jornadas romanas de estudios en la FAO–. Nos os impartimos a todos de todo corazón Nuestra Bendición Apostólica.

*ORe (Buenos Aires), año XVII, n°749, p.4.